

Ella era un caballero, [y ésta es la historia de su romance] él era una dama

Se conocieron. Se amaron. Tuvieron un hijo. Se separaron.
Ella vive en París. Él, en Lima. ¿Puede el amor heterosexual de dos
personas homosexuales resistir a la distancia?

una crónica de gabriela wiener
fotografías de cecilia jurado



Él pensaba que ella era un chico y ella pensaba que él era una chica. Se habían conocido

en el barrio y comenzaron a verse cada vez más seguido. Una noche, Melvin se quedó a dormir en casa de Amelia. Él dormía y ella no, así que lo despertó:

—Oye, tú no eres hombre, ¿no?

Amelia entreabrió los ojos.

—Tú tampoco eres una mujer. Así que déjame dormir.

Melvin la abrazó y se durmieron.

Pero en los días siguientes ninguno sabía qué hacer. En la cabeza de Amelia no cabía la posibilidad de estar con un hombre y estar con Melvin, aunque tuviera tetas, era como estar con uno. Además ella era lesbiana. Y machona. Y virgen. Nada encajaba.

Para Melvin era casi tan complicado. Se consideraba una persona femenina pero también le gustaba jugar el papel de protector. A fin de cuentas, era un hombre. Y sus acorraladas hormonas masculinas le pedían actuar como el marido de esta chica. Iba a buscar a Amelia a las esquinas donde ella solía beber con sus amigos. Iba allí para pelearse con todos los hombres que le faltaban al respeto y la sacaba a empellones.



—Oye, papito, está bien que parezcas hombre pero no eres un hombre. Primero te haces la valiente y soy yo la que termino pagando los platos rotos. Tu marido soy yo. Vamos para la casa, carajo.

En la calle, Melvin es la chica de Amelia y ella es su chico, pero en la intimidad, Melvin le dice a Amelia *gordita* y Amelia le dice *cholo* a Melvin.

Cuando se emborrachan juntos, Melvin suele gritarle: «Tú eres mi mujer. Yo te conocí siendo una niña y te hice mujer».

—Por eso no me va a dejar nunca. Si me deja, lo mato.

He llegado a París esta mañana en un vuelo directo desde Barcelona, con mi teléfono celular muerto y los pechos llenos de leche. Para venir hasta aquí he dejado a mi bebé de tres meses, pero mis tetas no parecen haberse enterado, siguen con su imparable producción de alimento y tengo la sensación de que estallarán de un momento a otro. Me siento tan culpable de haber dejado a mi niña que pienso si a lo mejor este malestar que va creciendo cada minuto no es mi merecido castigo. Lo peor es que no veo a Vanesa por ninguna parte. En el aeropuerto Charles de Gaulle es hora punta y en los altavoces resuenan advertencias de seguridad cada vez más sofisticadas, algo así como que si llevas un bote de champú en la maleta podrías ser acusado de fabricar explosivos líquidos.

Se había ofrecido a recogerme del aeropuerto y a hospedarme en su departamento este fin de semana, pero por ahora Vanesa no da señales de vida. La llamo por teléfono y la despierto. Su voz delata una resaca terrible. Una hora después aparece.

Vanesa es un travesti. Ella se autodenomina *transexual* pese a no haberse sometido a un cambio quirúrgico de sexo. La había conocido en el 2002 en la discoteca Kápital, la más grande del populoso distrito limeño de Comas. Por esa época, Vanesa era indudablemente una de las reinas de las noches gay y acaparaba las miradas con su estilizada figura y su cabellera rojiza al estilo de la chica de EL QUINTO ELEMENTO. Poco después, sin embargo, supe que había viajado a Europa siguiendo la estela aspiracional de muchos transgéneros peruanos. No volví a verla.

Hasta esta mañana.

A lo lejos, luce igual que en el 2002, pero de cerca algo parece haberse deteriorado o ido para siempre. Está muy delgada y su huesudo rostro de chico casi se pierde entre sus cabellos ensortijados recién lavados y sin secar. No se ha maquillado. Viste unos jeans ajustados, botas blancas y una chompa del mismo color con cuello de cisne. Pese al frío, no lleva abrigo. Para ser travesti exagera poco, intenta verse como una mujer normal. Su talla *small* se lo permite.

Después de reconocernos, caminamos hacia el tren y noto por primera vez cómo las miradas indiscretas de hombres y mujeres siguen ese cuerpo de mujer que habla con potente voz de camionero.

—¿No conoces a alguien en España que se quiera casar conmigo? —me pregunta.

Vanesa está de ilegal en Europa. Si los tuviera, pagaría varios miles de euros por un matrimonio que le permita obtener la residencia. Bromea con todos los hombres que la miran. Cada vez que ve pasar a uno más o menos atractivo, me dice: «Ahí va mi marido». Persigue a uno gritándole: «No te vayas, soy la mujer de tus sueños». Dice en castellano: «¿Te la chupo?». Los franceses la miran como si les estuviera preguntando la hora.

La Policía municipal suelta a sus perros y reparte palos y gases lacrimógenos contra los travestis de Lima. Los operativos tienen nombres muy extraños como «Profilaxis 2006». Desalojan los sitios donde trabajan los travestis más pobres, como uno que se hacía llamar «La pampa de las locas». Meten a las chicas en sus camionetas y las llevan a los calabozos, las violan y las vuelven a tirar a la calle a pesar de que el trabajo sexual en el Perú no está penalizado. Cuando están en la calle, llega alguna banda como «Los mojarras», especializada en atacar a putas y travestis, y entonces pueden darse por muertas. Cada cierto tiempo, un travesti aparece salvajemente asesinado en «extrañas circunstancias» dentro de su peluquería o apartamento.

Aunque en el Perú la homosexualidad no es ilegal, el matrimonio entre personas del mismo sexo sí lo es, y no existe una ley antidiscriminación, menos

aun una que aluda específicamente a los derechos de los llamados «transgéneros», como la ley de identidad de género española. Si alguien te viera besar en un supermercado a tu novio o novia del mismo sexo, podría llamar a la Policía.

En una encuesta sobre exclusión social en el Perú, el colectivo homosexual apareció como uno de los más discriminados en un país atravesado de desigualdades. El setenta y cinco por ciento de los entrevistados contestó que ve «mal» que dos personas del mismo sexo tengan relaciones sexuales. Y un treinta por ciento todavía piensa que la homosexualidad es una enfermedad mental.

En medio de ese paisaje represivo, los *trans* han formado su particular gueto. Tienen hasta lengua propia. Hablan el «hungarito», un extraño dialecto en clave. Vanesa lo habla con sus amigas peruanas en París. Dice que surgió para despistar a la Policía. Los vocablos se logran aumentando las sílabas y anteponiendo las consonantes «s» y «r». Por ejemplo, «Hosorolasara, chisiricosoros» significa «¡Hola chicos!».

Como ejercicio, intenten decir en hungarito esta plegaria que una vez le escuché decir a una transexual: «Dios mío, hazme invisible a la Policía».

El ginecólogo le anunció a Amelia que el suyo era un caso de «ovario infantil». Ella y Melvin no podrían tener hijos. Soñaban tanto con tenerlos que uno les cayó del cielo. Era la bebé de una mujer anónima que iba a abortarla en un consultorio clandestino. Decidieron quedársela, aunque después la dejarían al cuidado de una tía. No había pasado ni un mes desde que encontraran a la niña, cuando Amelia descubrió que estaba embarazada.

Habían tardado meses en hacer el amor. Al principio, porque vivían con la madre de Amelia, en su modesta casa, y dormían los tres en la misma cama. Pero una noche la señora no fue a dormir. Amelia se fue al sofá. Melvin le dijo que sólo quería dormir con ella, que no iba a pasar nada, le dio su palabra de hombre. Su palabra de hombre, claro, no valía nada. Una pareja de chicos gays tuvo sexo heterosexual. A Amelia se le olvidó que Melvin era un hombre con cuerpo de mujer. Y por eso le gustó. Un año después nació Valery.

Cuando Valery todavía era una bebé, Melvin fingía darle el pecho. Poco después la niña ya le pedía la teta de silicona a su papá. Pero sabía quién era quién. Amelia le pedía que le trajera sus zapatos y ella le alcanzaba las toscas zapatillas de deporte y no los zapatos dorados de tacón alto de Melvin. Si Amelia se ponía un calzón, la pequeña le preguntaba por qué se había puesto la ropa de su papá y le alcanzaba sus calzoncillos *boxer*. Melvin le decía a Valery que cuando creciera esos tacos serían para ella y Amelia la llevaba a ver los partidos de fútbol del barrio.

Valery no era como esos niños adoptados por parejas de homosexuales que la Iglesia considera amenazados por no tener una familia como Dios manda. No, ella no tenía dos mamás o dos papás. Tenía un modelo femenino y uno masculino. Tenía un papá y una mamá. Aunque todo lo demás estuviera revuelto.

En su primera fiesta en Lima después de haberse puesto tetras, Vanesa vio llegar a esas «mariconas» con sus enormes camionetas, joyas y perfumes caros y pensó que ella quería ser así, exactamente como una de esas transexuales que migran a Europa y vuelven a Lima como unas divas del cine italiano. ¿Cómo lo hacen?, les preguntó. Una le dijo que hacía *shows*; otra, que trabajaba en una discoteca; y alguna, que tenía un marido millonario.

Ir a Milán para un transexual peruano es como ir a Harvard para un estudiante de Derecho. Algunos salen del Perú con identidades falsas, sirviéndose de una muy bien montada red para migraciones ilegales, que, según Vanesa, incluye a gente dentro de la propia embajada de Italia en Lima. A Milán se han ido todas sus amigas, más de dos generaciones de chicas que gracias al trabajo sexual han construido verdaderas mansiones para sus familias en los mismos barrios pobres de la periferia de Lima donde se criaron. Por lo general, no se mudan a zonas residenciales, prefieren construir un segundo y hasta tercer pisos, instalan jacuzzis o piscinas, y se compran un automóvil escandaloso. Chicas que algún día fueron hombres y que sólo mediante la prostitución han podido pagarse costosas cirugías para obtener unos portentosos cuerpos femeninos –su fuente de dinero– que incluyen la operación de cambio de sexo por la que pueden pagar hasta doce mil euros en Europa. Sólo enviando esas remesas han podido restituir su imagen ante los que las juzgaron.

Felipe Degregori, un cineasta peruano que prepara un documental sobre la discriminación de transexuales en Lima, dice que ante el rechazo y la marginalidad en que viven, migrar a otro país supone demostrar que ellos pueden contribuir con el progreso de la familia, solucionar sus problemas

económicos y de esa manera ganarse el respeto de padres, hermanos, vecinos e incluso de la sociedad.

En Italia un transexual puede ganar hasta trescientos o cuatrocientos euros por día. En Lima, con suerte, pueden reunir entre cien y ciento cincuenta soles diarios, unos cuarenta euros. Centavo a centavo, han dejado de ser la vergüenza de la familia para volverse sus principales benefactores.

— Mi hija Georgina piensa que el dinero hace la clase y eso no es así.

Georgina es un transexual a la que «le han ido bien las cosas».

— ¡Tiene cien mil euros en el banco! —grita Vanesa.

No sólo le ha construido la casa soñada a sus padres en el Perú, también se ha cambiado de sexo. Vanesa la llama «su hija» porque fue ella quien trajo a Georgina a París.

Entre las transexuales latinoamericanas funciona un sistema de madrinazgo. Vanesa es la «madre» de Georgina porque quiso pagarle todos los gastos del viaje, alrededor de unos cinco mil euros, que es lo que cuesta sacar el pasaporte, comprar el billete de avión e instalarse en una ciudad de Europa. Se trata de un préstamo, ni más ni menos. Para la «hija», es la visa para un sueño y debe trabajar cada noche para retribuir la confianza de su «madre». Para la «madre», poder pagarle el viaje a una novata es un signo de categoría y, cuantas más hijas ostente, su prestigio en el mundo de las *mariconas* será mayor. Vanesa tiene dos hijas en París, pero ella también es la hija de alguien. De hecho, a su «madre» le debe su nombre de mujer: Vanesa.

Desde el principio, su «madre» le dijo que sólo había una manera de hacerse rica en Milán. La respuesta tenía cuatro letras: p-u-t-a. A Vanesa le fulguraron los ojos bajo sus falsas pestañas. La Vanesa madre, sin embargo, no es puta, es ladrona. Vive en Milán desde los dieciséis años y es una de las grandes amas del negocio en esa ciudad.

El 14 de enero del 2003 Vanesa salió del aeropuerto Jorge Chávez de Lima vestida de hombre y con el pelo amarrado en una coleta. Tenía una visa de turista por quince días. Debía llegar a Italia vía Francia. Pero nunca llegó a Milán. Cuando el metro la dejó en el centro de París, todo le pareció familiar. Tuvo una fuerte corazonada: quizá podía hacerlo de otra manera. En esta ciudad tan bonita a lo mejor no tenía por qué ser puta. Llamó a la Vanesa de Milán y le dijo que no podía salir de París. Que le amortizaría la deuda desde ahí y se puso a limpiar oficinas.

En una de sus primeras noches en la Ciudad Luz, cuando todavía alquilaba una habitación de hotel, una chica peruana la llevó a la

¿No espere que sea demasiado tarde?



Asesorándose con Quantum a tiempo todo tiene solución.

Somos especialistas en soluciones Tributarias, Contables, Laborales y de Negocios.

www.quantumconsultores.com

 **Quantum**
Consultores

Las Camelias 492 Of. 301 San Isidro, Lima - Perú
Telf: 442-0372 / 442-0377 Fax: 421-6372



A lo lejos, en el aeropuerto de París, Vanesa luce igual que en el 2002, pero de cerca algo parece haberse deteriorado para siempre. Está muy delgada y su huesudo rostro de chico casi se pierde entre sus cabellos ensortijados. No se ha maquillado. Viste unos jeans ajustados, botas blancas y una chompa del mismo color con cuello de cisne. Para ser travesti exagera poco, intenta verse como una mujer normal. «¿No conoces a alguien en España que se quiera casar conmigo?», me pregunta

mejor discoteca de los Champs-Élysées. Se le acercó un hombre mayor. Alain, se llamaba, era asesor financiero en París. *El Viejo*, como ella lo llama, la llevó a su casa. Es el relato de su leyenda personal en París. Este es su paraíso perdido. Los seis meses con Alain, cuando pudo comprarse zapatos Gucci, cuando fue a Eurodisney, cuando tuvo un automóvil del año, cuando trajo a sus «hijas». En el Perú, a una amiga le puso una peluquería y a otra le operó la nariz. Lo dice así, como si ella hubiera usado el bisturí. No sólo pudo enviar remesas a Lima, también consiguió visitar a sus colegas en Milán. «Debes trabajar muy bien en París», le dijeron al ver su bolso Dior.

En su leyenda personal, Vanesa no es puta, es una chica que tiene «amiguitos cariñosos que la ayudan». O al menos eso es lo que quiere que yo crea.

—¿Cuántas mujeres se casan por interés? —exclama—. ¿Cuántas mujeres son putas y no se dan cuenta?

En sus anécdotas ella es siempre la que cuida el honor de sus padres y hermanos, la que está con hombres millonarios porque le gustan, porque se encariña con ellos, como una hija con un padre mimoso.

—Mis amigas me decían: maricón, deja los complejos, trabaja, aprovecha que eres joven, pero yo quería triunfar de otra manera.

¿Por qué habían cambiado sus planes? Se acomoda uno de sus rulos sobre la frente mirándose en una de las ventanas del vagón y dice:

—Me enamoré y me cagué.

Carmen se dio cuenta de que su hermano era homosexual porque desaparecía la ropa de su armario. En la familia había otro como Melvin. Un tío. Carmen pensó que a lo mejor era algo genético. Tenía tanta vergüenza que cuando se encontraba con Melvin en una fiesta elegía irse.

Un día Melvin salió en un *talk show* de la televisión contando su vida. Si lo hace para llamar la atención, dijo su padre, debería ir al psicólogo. Y si lo hace por plata debería ponerse a trabajar.

Cuando a Melvin lo operaron del apéndice, el médico le dijo a la familia que tenía un exceso de hormonas femeninas. Sus primeras desapariciones fueron coronadas por los primeros golpes de papá. Carmen piensa que sus padres descuidaron a Melvin por los problemas de pareja. Papá se había ido con otra.

Carmen, que ve a la hija de Melvin de vez en cuando, dice que encuentra a su sobrina muy afectada. Está preocupada porque Valery crece en un ambiente que considera inadecuado. Habla con jergas y tiene el pelo recortado «como hombrecito», igual que Amelia.

En los últimos tiempos la ha visto muy delgadita. Sabe que quien la cría es la madre de Amelia, una señora muy mayor. Amelia hace su vida loca y deja a la niña, dice Carmen. Cuando viene a visitarla, ella intenta darle de comer pero Valery no quiere.

—Tiene el estómago reducido.

Según Carmen, la niña siempre le pregunta por qué su papá usa tacones y por qué se pinta la boca.

Ella le contesta que su papá es payaso y por eso está disfrazado.

Bajamos en la parada de metro Jon Jaures Quartier, a unos pasos del departamento de Vanesa en la avenida Secretoin, al lado de la estación del norte y del canal L'Uurchk.

En el barrio de Vanesa vive todo tipo de gente, sobre todo de clase media. Al lado del canal se congrega un grupo de homosexuales por la noche. Vanesa lo cuenta como si ella fuera una vecina chismosa más y esto le pareciera un fenómeno extraño y no parte de su vida, como es en realidad. Me dice que ya verá el departamento, que es pequeño pero que tiene una gran ventaja: no paga nada por él. Lo alquiló sólo con su pasaporte y un día dejó de pagar. Pasaron meses y el dueño le hizo un juicio pero salió perdiendo porque ahora está acusado de lucrar con ilegales. Si Vanesa gana el juicio, hasta podría quedárselo. Tener un departamento propio en París no es poca cosa.

Al entrar al lugar, en realidad un estudio de cuarenta metros cuadrados de un solo ambiente, impresiona el olor. ¿Cómo en París puede oler a Lima? En realidad a ciertas casas de Lima, a ciertas horas del día. Es un olor a mezcla de ropa sucia y comida estofada en agua con arroz y ajo. La calefacción está al máximo. Casi hace calor. Siempre

Correo

Contenido exacto, precio justo

www.correoperu.com.pe

está encendida. Sobre uno de los radiadores duerme la gata Chinchosa. Una ruidosa pareja de periquitos australianos pelea dentro de su jaula. La decoración es barroca y parece salida directamente del contenedor de basura. Hay una vieja mesa redonda frente a un televisor gigantesco. Un sofá raído. Un cuadro de un hombre en trineo que atraviesa un paisaje nevado. Una cama al fondo y en la pared unas hojas de palma extrañamente colocadas alrededor de un retrato grande de Vanesa, como si fuera una estampa de la virgen. Adornos de perros dálmatas y floreros rellenos de llaves viejas, botones, monedas de un céntimo. Cuelga de clavos en las paredes una serie de accesorios dispares como una estola de plumas o un gorro de Mickey Mouse, en su versión aprendiz de brujo. Sobre la refrigeradora hay fotos de Vanesa posando con otras chicas también transexuales y una foto de un chico con una niña. La pequeña, que en la foto debe tener unos cuatro años, sonríe pícaro y con la mano hace el signo que en el Perú se usa para hablar de homosexuales: un aro muy abierto con el índice y el pulgar.

Hay una especie de tienda de campaña montada improvisadamente con sábanas que hacen las veces de puerta. Allí dentro está durmiendo Frederic, el marido de Vanesa. No puedo verlo. Sólo puedo escucharlo roncar y tirarse un pedo. Ella contiene la risa.

—¡Uy, papi! Cómo duermes, oye. Levántate ya. Es que ayer nos fuimos a una fiesta y regresamos a las seis de la mañana.

Empiezo a sentirme incómoda.

—A Frederic lo conocí tres días después de que salió de la cárcel —dice Vanesa mientras llena la nevera.

Cómo será dormir bajo el mismo techo con dos desconocidos, un ex presidiario y su novia transexual. Frederic, parisino de nacimiento, fue detenido en Roma con varios kilos de cocaína y estuvo cinco años en prisión. Regresaba con su cargamento del Brasil. Según Vanesa, su novia de ese entonces, una prostituta brasileña, lo usó para sacar la droga. Cuando salió libre, lo primero que hizo él fue buscar a unas prostitutas de las que había sido asiduo cliente, que vivían en este mismo piso y que por casuali-

dad eran amigas de Vanesa. Ella no lo atendió pero conversaron hasta el amanecer.

—Por eso no me puedo casar con él, pues hija. Si no, ya tendría los papeles. Uy, imagínate si nos casamos. Yo peruana y casada con un ex narco. Me revisarían de pies a cabeza en todos los aeropuertos.

Me muestra unas fotos. En una aparece con un chico rubio.

—Ése quería casarse conmigo porque pensaba que era mujer. Cuando le contó la verdad fue una conmoción.

—Me dijo que creía haber encontrado en mí a la mujer con quien casarse y tener hijos. Yo le dije: hijos tengo. Pero me dejó.

Saca otra foto donde aparece ella con Frederic y su familia en un almuerzo campestre. Se ven muy felices. Ellos saben que ella es gay y la aceptan. Frederic, en la foto, es un hombre de casi dos metros de altura, fornido y calvo.

—Es un buen chico pero está desmoralizado. Hay días en que no da ni un euro, pero a mí no me interesa el dinero.

Frederic era conductor de autobuses hasta que sufrió un accidente. Iba en su carro a doscientos kilómetros por hora. Cuando lo encontraron, tenía la pierna detrás de la cabeza. Ahora lleva clavos y cobra una pensión de trescientos euros mensuales que alcanza para muy poco.

—Lo bueno es que limpia, lava la ropa y cocina con cinco euros.

■ Buenos días.

Frederic sale en calzoncillos largos y polo.

—Has dormido como un chanco, oye mierda.

Las palabrotas son una constante manera de manifestarse cariñoso. Frederic va a la cocina y desde ahí grita en tono acusador.

—Vanesa, ¿y el pollo?

—Está aquí afuera.

—Pero todavía no lo has hervido. Eso tarda una hora.

El hombre de la casa habla una mezcla muy personal de francés, italiano y portugués. Sólo por la raíz latina podemos entendernos en castellano.

—Te estoy diciendo mi amor, mi amor, levántate. Te he dejado dormir para que después no estés de mal genio y mira cómo te pones. Ya, vaya usted a cocinar y no joda.

Por un segundo no sé quién es el macho de la casa. En todo caso, parece que ambos quieren demostrar que lo son. Empiezo a sentirme la única chica en esta habitación. Empiezo a sentirme muy sola.

—Me estresa este hombre, te lo juro —dice Vanesa.

Voy a pasar las próximas cuarenta y ocho horas con una pareja al borde de un ataque de nervios o al borde de la lucha libre, así que más

vale que empiece a buscar algo de qué hablar. Para empezar debería dirigirme a esta especie de Obelix. Le pregunto algo que ya sé: cómo la conoció.

—Aquí en esta casa cuando...

—Ya le conté, cállate.

—No eres muy cariñosa, ¿no, Vanesa?

No he podido evitar inmismirme.

—Yo soy muy cariñoso —dice Frederic en castellano—, pero él no.

Recordé que *ella* en francés se pronuncia *él* (*elle*).

Vanesa es una mujer encerrada en un cuerpo de hombre. Pero según Frederic, es en realidad un chico encerrado en un cuerpo (falso) de mujer.

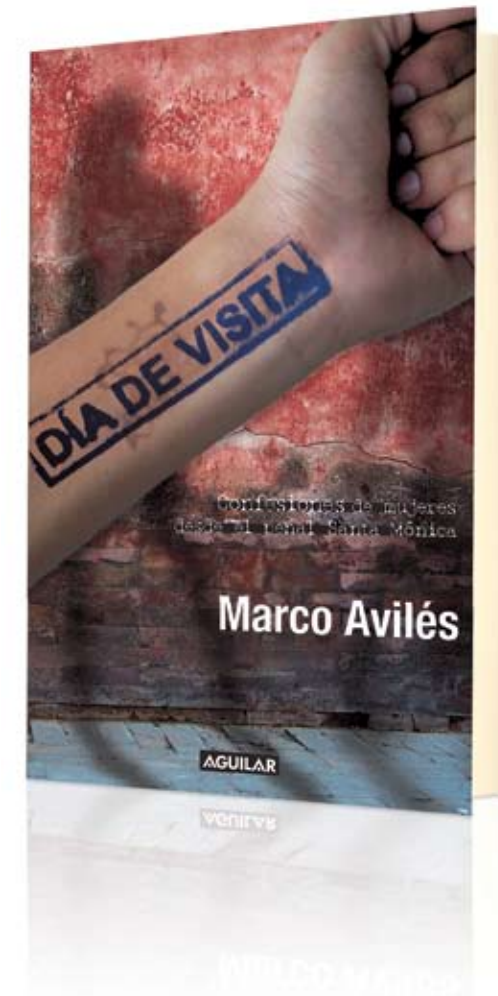
Quando se veía como un hombre, Melvin, trabajaba como cobrador de autobuses. Al abandonar su carrera de Hotelería y Turismo para transformarse en mujer, su padre dejó de hablarle. Tenía una frase que siempre repetía: «Hijo maricón al cementerio». Por eso lo metió a practicar karate.

Un día el padre le preguntó sobre su obsesión por vestirse como mujer. Si quería podía ser gay, pero no había razón para el escándalo. Él tenía en el banco amigos homosexuales que en su casa vivían una vida y en la calle otra.

Por su padre, se cortó el pelo llorando.

Por su hija viajó a Europa para trabajar de puta.

Siento un fuerte dolor de cabeza y creo que tengo algo de fiebre. Debo entrar sin demora al cuarto de baño y usar el sacaleches para descongestionar mis pechos o corro el riesgo de padecer una infección llamada mastitis. Extraigo varios centímetros cúbicos de leche sobre la bañera de Vanesa utilizando mis manos, porque no me doy abasto con el sacaleches. La naturaleza puede ser muy cruel. Ahora lo daría todo por unas tetas de silicona. Daría lo que sea por liberarme de mi condición femenina durante unas horas. Vanesa, en tanto, se está cambiando de camiseta. Deja a la vista sus tetas casi perfectas y no puedo evitar las comparaciones. La curiosidad me mata y le pregunto si puedo tocarlas.



«En el sentido más caballeroso del término, Marco Avilés se ha hecho de millar y medio de mujeres. Ha oído, seguido y escrito sus historias en gentil prosa que hace justicia a los anhelos confiados. Dudo que ahora pueda desentenderse de ellos. Como tampoco podrá hacerlo el lector, y menos aun las internas mismas, que los urden y viven bajo encierro. Este libro, para los de afuera, será un catálogo de sueños en medio de una pesadilla. Pero para las de adentro será una ventana en la pared. Algo así como si todos los días fueran de visita».

Jaime Bedoya

Presentación en Lima: domingo 22 de julio, 7 pm.
Auditorio César Vallejo. Feria del Libro. Centro de Convenciones del Jockey Plaza.
De venta en librerías y supermercados.

Ir a Milán para un transexual peruano es como ir a Harvard para un estudiante de Derecho. A Milán se han ido más de dos generaciones de chicas que gracias al trabajo sexual han construido verdaderas mansiones para sus familias en los mismos barrios pobres de la periferia de Lima donde se criaron. Chicas que algún día fueron hombres y que sólo mediante la prostitución han podido pagarse costosas cirugías para obtener portentosos cuerpos femeninos, su fuente de dinero



—¡Claro!
 —No se siente nada raro...
 —Son normales, ¿ves? Hasta se juntan.
 —Hay como algo durito en el fondo pero son bastante blandas, parecen naturales...
 —Sí, tuve suerte.
 —No envejecen nunca. Son mejores que las de verdad.
 —Normalmente caen.
 —Ah, entonces también caen.
 —Tengo una amiguita que parece que hubiera tenido cinco perritos y seis gatitos y cuatro chanchitos. Pero las mías no sé por qué no caen.
 —¿Y cómo haces?
 —Nada. Dicen que se pueden reventar pero yo me he peleado a golpes y nada.
 Operaciones de Vanesa: nariz, prótesis de suero salino en los pechos —lo bueno del suero salino o fisiológico es que si alguna vez la prótesis se rompe el cuerpo lo absorbe, me explica— y muchas hormonas; en realidad, pastillas anticonceptivas. También algo de silicona que ella misma se inyectó en las caderas porque la operación era muy costosa. Compró unas agujas en la farmacia y se encerró en una habitación de hotel. Fue llenando cada hueco de su cuerpo masculino con ese líquido grasiento y al instante apareció ahí una redondez femenina. Las tetas, en cambio, se las operó un cirujano peruano por mil doscientos dólares.
 —Y no terminé de pagarlas. Sólo le di setecientos dólares. Me dijo que le llevara el resto del dinero

cuando fuera a sacarme los puntos. Nunca regresé. Me saqué los puntos con el cortaúñas.

Vanesa se gusta. Es un narciso casi insoportable. Supera en vanidad a todas las mujeres que conozco. Habla de su cuerpo y se felicita por su suerte. Gracias a sus huesos finos ha podido diseñarse un cuerpo muy parecido al de una chica de veintitantos años. Nada que ver con esos transexuales de curvaturas groseras.

Vanesa se siente una mujer, ésa es su tragedia, pero ni por eso tiene en mente el cambio de sexo.

—A una amiguita le han puesto la cabeza del pene como un clítoris. Ella dice que siente como que se viene pero que no eyacula. Y tengo otra amiga que dice que no siente ni cuando mea. Le dice a su marido: «Métemela». Y él: «¡Pero si ya te la metí!». Yo siempre seré un hombre. No puedo suplantar a una mujer aunque me opere. Ya estoy yendo contra Dios siendo como soy, imagínate si me opero. Me gustaría haber nacido mujer pero no pudo ser.

Salimos a dar un paseo por el barrio. Nos metemos en una cabina telefónica. Y mientras vemos pasar fuera a toda clase de hombres como por una pantalla de televisión, me dice la verdad:

—No me opero porque si no no sale el negocio. Me operaré cuando ya no me funcione.

En la foto, Amelia tiene unos seis años. Su mamá le ha puesto un vestido blanco y lazos en el pelo largo. Es su bautizo. A los once años, sólo quiere usar pantalones deportivos para ir al colegio. Cuando su madre le pregunta dónde está su falda del uniforme, ella siempre le dice que está lavada.

Un día tuvo que aceptar que su hija era como una de esas chicas que parecen hombres. «Chitos», les dicen en Lima. La había criado como una niña. ¿Qué había hecho mal? Le volvió el alma al cuerpo cuando su hija se enamoró de un hombre, aunque éste no se viera exactamente como uno de ellos.

Amelia era un nombre injusto para una chica varonil que jugaba fútbol. Por eso se lo cambió a Michael. Le gustaba estar con hombres pero únicamente para entender sus vestimentas, para saber de qué hablaban, para imitarlos. Sólo podía enamorarse de chicas. Hasta que vio a Vanesa.

Cuando menciono a Amelia delante de Frederic, él dice: «Ah, la Michael, la mujer de Vanesa». Hace un mes que no saben de ella. Según Vanesa, Amelia ha estado emborrachándose con la plata que ella le mandaba. Me dice que siempre serán una familia, pero que no le gusta nada su actitud.

Clínica Odontológica



“Arte en Odontología”

Av. Elias Aparicio 771-301 - La Molina ☎ (511) 479-1531

Citas en horarios especiales 9657-2401

www.floresbazan.com



Aunque no me lo ha dicho explícitamente, Vanesa trabaja como prostituta en París. Intenta hacerme creer que irá al Bosque de Bolonia sólo por esta noche, para conseguir unos euros. Hace un momento alguien la llamó por teléfono para pedirle «dominación psicológica y física». Tiene un anuncio con su teléfono en una página web, aunque le da pocos resultados. Cuando vienen los clientes a esta casa, puede cobrarles hasta ciento cincuenta euros por tener sexo en la misma cama donde, me informa, voy a dormir esta noche

—No es que sea machista pero si yo le doy protección espero que la sepa apreciar. Le pedí que no me fallara y me falló.

Cuando se separaron, Vanesa le dijo a Michael que si algún día se acababa el amor siempre tendría su apoyo y ahora, asegura, sigue enviando dinero para su hija.

—Supe que se ha ido a vivir con una prostituta. Yo no soy celoso. Me llamó y me lo contó. Yo sólo le he pedido que se cuide.

—Quizás se emborrachaba de nostalgia por ti.

—¿Sabes cuánto me gastaba en teléfono hablando con ella? Ochocientos euros, que me los pagaba *El Viejo*. La llamaba desde la una hasta las cinco de la mañana. Le ponía canciones y llorábamos toda la noche.

Esta noche Frederic y Vanesa me llevarán al Bosque. Le Bois de Boulogne es un parque en el límite oeste de París, cerca del suburbio de Boulogne-Billancourt. Tiene un área de casi nueve kilómetros cuadrados, dos veces y media más grande que el Central Park de Nueva York. Durante la Guerra de los Cien años, el bosque fue la guarida de muchos forajidos. Enrique IV plantó quince mil moreras con la esperanza de alumbrar una industria local de la seda. Su repudiada mujer, Margarita de Valois, tuvo ahí su refugio. El lugar fue transformado en un parque por Napoleón III, en 1852. Los parisinos lo llamaban «El Jardín de los Placeres Terrenales», pero, como la pintura de El Bosco, no es ningún paraíso, más bien podría ser un infierno para almas retorcidas. Robert Bresson tiene una película llamada *LAS DAMAS DEL BOSQUE DE BOLONIA*. Le Bois albergaba a cerca de mil quinientas trabajadoras sexuales de ambos sexos, pero a fines de los noventa se hizo una «limpieza» y ahora sólo quedan algunas mujeres y varios cientos de travestis, sobre todo inmigrantes de origen latinoamericano sin papeles.

Me siento muy enferma. Debo tener más de treinta y ocho grados de temperatura. La infección es un hecho. Tengo los pechos como dos piedras de río. Vanesa duerme. Luego de comer el estofado de pollo que preparó Frederic hemos tomado un descanso. Cada hora he entrado al baño a sacarme leche, pero no es suficiente. Necesito ir a un hospital para conseguir un sacaleches eléctrico que extraiga grandes cantidades y así aliviar el dolor. Vanesa se niega a acompañarme, se convierte en un niño caprichoso y desconsiderado cuando alguien intenta alejarla de la cama. Les digo que iré al hospital sola pero el marido se ofrece a acompañarme. Vamos caminando a la maternidad. Allí no tienen el bendito sacaleches. Me recomiendan seguir sacándomela con la mano. Al volver al departamento Vanesa me dice, somnolienta, que a Michael también le pasó esto cuando daba de mamar a Valery. Me enseña como apretármelas.

Aunque no me lo ha dicho explícitamente, Vanesa trabaja como prostituta. Al principio intenta hacerme creer que irá al Bosque sólo por esta noche, para conseguir unos euros. Hace un momento, además, alguien la llamó por teléfono para pedirle «dominación psicológica y física». Tiene un anuncio con su teléfono en una página web, aunque le da pocos resultados. Cuando vienen los clientes a esta casa, puede cobrarles hasta ciento cincuenta euros por tener sexo en la misma cama donde, me informa, voy a dormir esta noche. Es más sencillo ir al Bosque; allí gana treinta euros por cliente, pero el flujo es constante y a veces los clientes son más que generosos.

—Yo hice teatro para niños, yo bailé en cabarets, yo quise demostrar que las travestis en Europa no venimos sólo a putear, pero como se suele decir: no se pudo.

Frederic me dice que el francés no es un ser prejuicioso, que cuando ama no le importa que su amor sea hombre o puta o las dos cosas a la vez. Antes de entregarla a manos de todos los viciosos de la ciudad, él le prepara a su chica un delicioso baño de burbujas que ella rechaza de muy mal humor.

—Te he dicho mil veces que no le echas espuma.

—¿Crees que soy tu esclavo?

—¡Ay, muy macho eres!

Vanesa se pone un pantalón ajustado y una camiseta corta. El frío es apoteósico esta noche en París y en el Bosque, me dicen, baja hasta cero grados. Vanesa no lleva abrigo.

—Prefiero morir de frío que morir de hambre.

Subimos al destartado coche de Frederic. El marido de Vanesa conoce a fondo el mundo de la prostitución en París. Antes tuvo otras dos parejas prostitutas. Me cuenta que lleva tiempo trabajando como taxista clandestino para las chicas transexuales, aunque por ahora está parado. Las recogía de su casa y les cobraba diez euros por llevarlas a las intermediaciones del Bosque. Noto que el parabrisas del coche está semidestrozado. Concluyo que no escarmenta y sigue conduciendo a velocidades ilegales. En efecto, corre y se pasa todos los semáforos.

—Los que van al Bosque quieren saber qué tienes entre las piernas.

Con una frase como ésta, Vanesa es capaz de sacarte hasta de una angustia burguesa como el miedo a la muerte y devolverte a la vida.

—Algunos piensan que eres mujer, pero cuando descubren que no lo eres les da lo mismo. Es más, se ponen más viciosos. Su fantasía es decirme que es su primera vez y preguntarme si me la pueden tocar. Después están ahí arrodillados. Cada uno con su drama.

Vanesa puede ser muy vulgar pero su fantasía es que la traten como una chica delicada. Cada uno con su drama.

Michael supo que Vanesa se había enamorado de otro y que pensaba quedarse en París. En el hombro todavía tenía tatuada una imagen de ella, de la primera foto que le envió desde Francia. Al principio se sintió sola y para no seguir sufriendo se buscó otra pareja. Ahora vive con ella y con la pequeña Valery. Es una chica de la que dice estar muy enamorada.

A veces Valery mira las fotos de Vanesa y dice: «Mí papá es bien bonita». Michael le ha dicho a Valery que su nueva pareja es su mejor amiga y salen a pasear juntas, con los hijos de ella, a los Valery que llama *hermanitos*.

Según Michael, Vanesa no envía dinero para su hija hace más de un año. Ella sabe que ha tenido problemas pero necesita el dinero más que nunca. Trabaja sellando bolsas en el Mercado Central de Lima,

algunas veces de madrugada. Si llega antes de las ocho de la mañana todavía puede llevar a su hija al colegio.

Todo ha vuelto a la normalidad: Melvin está con un chico y Amelia está con una chica.

El Bosque es profundo y tenebroso: el reino de lo natural. Se presta para toda clase de fantasías sexuales al estilo de EL SEÑOR DE LOS ANILLOS. Sólo si enfocas bien la vista, podrás ver unas figurillas humanas completamente artificiales, con pelucas, vestidas con abrigos de piel y botas doradas, y no son precisamente elfos. Una vez, un chico le pidió a Vanesa que lo amarrara, llegó la Policía y ella salió corriendo, dejándolo ahí atado. Cierta noche encontraron a una compañera acuchillada y a otra tuvieron que llevarla en estado de coma al hospital. De cómo sales depende de con quién entres. Vanesa se ha propuesto derribar algunos prejuicios esta noche: me dice que en el Bosque los árabes las insultan pero después les gusta que los penetren. Que hay muchos negros que la tienen pequeña. Y que existen transexuales argelinas. Hay que prepararse para lo inesperado.

Frederic nos deja en el punto de encuentro de las peruanas. Allí están dos compatriotas en pleno descanso, comiendo comida china que les venden ahí mismo. Una es Tatiana, la otra «hija» europea de Vanesa. Hablan de una «peluquera», ex profesor del jardín de infantes. Tatiana la acogió en su casa y supuestamente se insinuó a su marido, al que por cierto conoció en el Bosque.

—Las que recién llegan siempre quieren alcanzar rápidamente lo que a uno le ha costado tiempo y esfuerzo —sostiene Betina, la mayor del grupo. Su actitud desencantada contrasta con el entusiasmo de una joven brasileña que grita desahogada: ¡Soy mujer, soy mujer!

—Siempre la confunden con maricona —se burla Vanesa.

La pequeña carioca se abre el abrigo contra el viento y desafía el tráfico con sus pechos desnudos y su diminuta tanga. Las luces la iluminan y por un instante ella es el mascarón de proa de este barco a la deriva. Se baja la tanga, entreabre la mata de pelos y nos enseña a todos con orgullo cómo es una mujer natural. Se pasa un dedo y se lo lame como en una película porno. Sin duda, debe de estar bajo los efectos de alguna droga magnífica. Se sabe que en el Bosque algunas chicas se drogan para soportar el frío y las horas de trabajo duro con sus clientes.

—Vanesa tiene un bonito cuerpo y como es pequeña puede pasar por una mujer. En cambio, la brasileña es mujer pero se comporta como un travesti. No es necesario ser una mujer para ser femenina.

Betina es lapidaria.

Veo a Vanesa con toda su fabricada feminidad alejarse hacia los coches que hacen fila para verla. Si se quedara con nosotros no podría



La pequeña brasileña se abre el abrigo contra el viento y desafía el tráfico con sus pechos desnudos y su diminuta tanga. Las luces la iluminan y por un instante ella es el mascarón de proa de este barco a la deriva. Se baja la tanga y nos enseña a todos con orgullo cómo es una mujer natural. En el Bosque de Bolonia algunas chicas se drogan para soportar el frío y las horas de trabajo duro. «Es mujer pero se comporta como un travesti», dice una de sus compañeras

trabajar. Sobre todo porque acaba de volver Frederic con su porte de cañuto intimidante.

En ese momento, un Peugeot viejo se detiene a nuestro lado. Dentro hay una mujer. Es la hermana de Frederic, que ha heredado temporalmente el negocio del taxi clandestino. Frederic me invita a un tour relámpago por el Bosque, mientras esperamos que Vanesa haga lo suyo. Soy el copiloto de la hermana. Una mujer grande con gafas llamada Florence que usa un poncho de alpaca, regalo de una de las chicas peruanas. Florence pasó una temporada deprimida y llegó a pesar ciento veinte kilos, me explica Frederic. Ahora ha bajado treinta y seis kilos y está intentando salir, ganándose la vida de esta forma.

—Hola, Carolina. Saluda a tu marido —le dice Frederic a una morena muy alta que tiritaba de frío al lado de la autopista.

Frederic es amigo de todas. Las llama desde el carro y me va explicando quién es quién. Esto es América Latina, nuestro continente a pequeña escala. Ésta es argentina. Esta otra es colombiana: le enseñó a bailar salsa a varias. La que se está drogando es uruguaya. Ésta es peruana, pero tiene papeles españoles. Aquella fue a la que encontraron con la cabeza abierta. A ella le dicen la *Nata* y cocina un cebiche delicioso. Ésas de las pelucas son transexuales árabes. Allí donde parece haber un embotellamiento están las mujeres del Bosque. Ése que va ahí es el ecuatoriano que vende comida. Y ésa de ahí es Paloma. Era policía en el Perú. Más allá está Shirley, otra peruana que estudió en la universidad y es muy inteligente. Hay quince o veinte personas que viven en Ecuador de lo que esa chica que está parada ahí hace

con su culo cada noche en el Bosque. Y aquella que viene ahí tiene sida, pero cuida al cliente. Por estar enferma, el gobierno de Francia le da comida, casa, medicamentos y hasta papeles.

Me siento invisible con mi metro sesenta y mis medidas sobrias. Lo que está ocurriendo ante mis ojos es «una de esas cosas para hombres». Y no puedo dejar de pensar en cómo sería un mundo sin mujeres. Después de todo, un transexual no es más que la proyección de lo que un hombre cree que es una mujer. Por eso a los hombres heterosexuales les gustan tanto los transexuales. Porque en estos tiempos son lo más parecido que encontrarán a su ideal femenino.

Florence nos tiene que dejar. Frederic y yo caminamos buscando a Vanesa que ya lleva más de una hora desaparecida.

—Una vida un poco extraña, ¿no crees? —dice Frederic.

—¿Extraña?

—Una vida de mierda.

Frederic es la persona más sensata de este periplo. Y probablemente también la más sensible.

Hace poco en el Bosque a Vanesa la cogió la Policía. Por ser transexual, puta e ilegal. Casi nada. Para que la soltaran, tuvo que decir que era de Cuba y que en su país mataban a los maricones. Al salir de la cárcel llamó al Perú buscando consuelo, pero allá sólo tenían curiosidad por saber cuándo enviaría el dinero. Por eso se cambió de teléfono. Por eso fue difícil dar con ella.

Atrás han quedado los días de bonanza en que se travistió de ángel benefactor para sus hermanas mariconas. Ahora está enamorada de ese cañuto bonachón e inteligente, de ese *white trash* «franchute» que le hace baños de espuma y la trata como a un niño malcriado.

Vanesa sale por fin del Bosque como un hada magullada. En una hora se ha hecho noventa euros. Diez se le acaban de caer y está enfadada. Antes de llegar a la casa nos detenemos en una tienda y con el dinero de la prostitución compramos pan, jamón, queso, mantequilla, galletas y chocolate. Ellos quieren invitarme. Luego nos guarecemos en su madriguera con la calefacción a tope y comemos juntos, casi felices. Entonces recuerdo que Frederic también tiene a sus hijos lejos, como Vanesa, como yo esta noche. Me lo contó camino a la maternidad. Su madre se los llevó a Brasil y no ha vuelto a verlos. Todos estamos lejos de nuestros hijos ahora. Me pregunto si, acostados en su cama de marido y mujer donde nunca podrán procrear, piensan en ellos. En Valery, por ejemplo. Yo dejo que un poco más de leche se vaya por el desagüe mientras me doy un baño de agua caliente. Es lo que las chicas del Bosque hacen al volver a casa para sentirse mejor. En la cama donde a veces Vanesa se gana la vida, duermo sobre mi abrigo.★



mis primeros cincuenta_ **juan villoro**. los cincuenta estados del imperio gringo_ **daniel alarcón**.
los increíbles cincuenta de un matrimonio_ **familia conesa**. las (casi) cincuenta mujeres de mi vida_ **juan bonilla**.
cincuenta aforismos para no soñar_ **joaquín sabina**

ilustraciones_ **eriván phumpiú**